Crimen y castigo en la posguerra alemana

Posted on 1 de septiembre de 2011 by Ignacio Carrión

Ya en la introducción de su estremecedor inventario de atrocidades cometidas por los aliados (rusos, norteamericanos, franceses y británicos), el historiador inglés Giles MacDonogh demuestra que *la hora cero* no supuso el cese inmediato de la violencia, sino más bien el comienzo de la venganza: esta parece ser la tesis del libro. Los aliados –aclamados como li–bertadores– se entregaron a toda clase de crímenes, represalias y excesos. Hubo destrucción y ensañamiento después de proclamarse el fin de la Segunda Guerra Mundial, la más sangrienta de la historia. Los documentos y testimonios no mienten. El castigo sería sistemático y brutal. Y la conducta de los vencedores decepcionó y escandalizó a la población que había sido víctima del nazismo. «Recibimos a los aliados con gran alegría –diría el novelista y psiquiatra Alfred Döblin– y durante la primera semana todo nos hacía felices […] pero luego comenzaron a requisar habitaciones, hoteles, pisos; no podíamos llevarnos nada. Aquello nos desalentó».

Además de tres millones de soldados alemanes, la guerra también acabó con la vida de dos millones de civiles de esa nacionalidad. Entre ellos, muchos ancianos, mujeres y niños. Giles MacDonogh aporta datos y testimonios. Fueron destruidas casi cuatro millones de viviendas (el veinte por ciento del total), «con lo que 7.500.000 personas quedaron sin techo […]. Los alemanes expulsados de sus hogares ascendieron a 16.500.000, de los que 2.250.000 morirían durante las expulsiones efectuadas desde el sur y el este».

Los vencedores reutilizaron todos los campos de concentración nazis, «incluso los más infames, así como los de trabajo. Los rusos se apropiaron de Auschwitz-Birkenau, Sachsenhausen y Buchenwald; los norteamericanos utilizaron Dachau; los británicos Bergen-Belsen, además de Ebensee, donde retuvieron a 44.000 hombres de la SS». Se trataba de «restregar las narices de los alemanes en su propia inmundicia». También nos recuerda el historiador que en los campamentos se retuvo a millones de prisioneros de guerra, donde a algunos «les esperaba una suerte aun más siniestra que los trabajos forzosos».

El presidente Roosevelt ya había perdido la paciencia con los alemanes en 1944: «Hay que enseñar al pue–blo alemán su responsabilidad por la guerra. Durante mucho tiempo deberían tener sólo sopa para desayunar, sopa para comer y sopa para cenar». Muchos alemanes murieron de hambre. Sobre todo ancianos, mujeres y niños. Por su parte, Churchill se mostró

partidario de «atiborrar la oca polaca hasta hacerla morir de indigestión». Se estimó que la cifra de seis millones de alemanes desplazados era la cantidad *requerida*. En esa atmósfera de venganza, la ocupación aliada no iba a ser ni ejemplar ni controlada. Los más bajos instintos de los vencedores encontrarían cumplida satisfacción.

En el capítulo titulado «Caos» se relata la caída de Viena a manos del Ejército Rojo. Los testimonios son escalofriantes. Y así se comprende que el monumento al soldado soviético erigido en 1945 en el centro de Viena, y admirado durante décadas por desmemoriados turistas, recibiera entre la población austríaca el nombre de monumento al *violador desconocido*. Porque los combatientes rusos fueron a la caza de mujeres y de alcohol. Solo parecían estar a salvo los niños, con los que se mostraban sorprendentemente afables y hasta compasivos. (Uno de cada seis niños nacidos fuera del matrimonio en 1946 tenía padres rusos.)

El papel de los estadounidenses, glorificado por la propaganda oficial con la valiosa asistencia de la industria de Hollywood, contradice la realidad. «Dachau fue liberado por el 157º Regimiento de Infantería de la 45ª División, así como por las divisiones 222ª y 42ª, que convergieron en aquella localidad para tomar un puente que las llevaría hasta su presa: Múnich». Los norteamericanos deseaban rescatar a los *Prominenten*, los rehenes de la SS que habían sido alojados en el *edificio especial,* pero ya habían salido de allí. «Se habían propuesto planes para matar a los prisioneros, ya fuera bombardeándoles el campo o bien envenenando la sopa», pero en el caos del momento resultaron irrealizables. Hubo un amago de resistencia por parte de las unidades de la SS que custodiaban el campo, pero no tardó en ser reprimida. «Los estadounidenses encontraron vagones que contenían hasta dos mil cadáveres del llamado *campo pequeño* […] y las ordenadas pilas de cuerpos parecían cargas de leña», según la descripción de los estadounidenses. Cuando un hombre de la SS dirigió su fusil contra los prisioneros que salían de sus pabellones para presenciar la llegada de los norteamericanos, la ira de los libertadores se desató: «Dispararon contra todos los que defendían el complejo, hicieron bajar a los guardias de las torres de vigilancia y a continuación los mataron. Reunieron a 122 prisioneros. Un soldado americano los acribilló con su ametralladora, y cuando se disponía a matar a tres que seguían en pie […], llegó un oficial y le dio una patada en la cabeza. […] Otro soldado prestó a un interno una bayoneta para que decapitara a un guardián […]. A otro lo golpearon con palas hasta matarlo. Dispararon a las piernas de los guardias para inmovilizarlos […] y algunos alemanes fueron descuartizados. Así murieron cuarenta guardias y Kapos».

En el capítulo dedicado a la toma de Berlín, donde quedaron solamente en pie dieciocho mil viviendas en el centro de la ciudad, «los rusos estaban borrachos no solo de victoria […], al principio buscaban relojes de pulsera […], pensaban que la luz estaba atrapada en las

bombillas y las desenroscaban para enviarlas a sus casas. Se sentían fascinados por los retretes con cisterna que utilizaban para lavar patatas en su interior […], y el desenfreno multiplicó el número de matanzas y de violaciones». Se estima que fueron violadas veinte mil berlinesas. En ocasiones muchas de ellas se quitaban la vida. Otras eran asesinadas después de la violación. «Los peores casos eran los de niñas pequeñas o ancianas. Los soldados rusos también violaron a las enfermeras de un hospital militar y les contagiaron la sífilis. Se rumoreaba que la dureza de las violaciones se debía a que los rusos habían enviado unidades integradas por delincuentes».

Únicamente cuando las autoridades soviéticas constataron que esos abusos, al llegar los aliados occidentales, influían negativamente en sus posibilidades de éxito político entre la población civil, y cuando se celebraron las primeras elecciones libres, se percataron de que el Ejército Rojo «no había conquistado los corazones y las mentes de los berlineses».

Torturas, violaciones y expolios de todo tipo no fueron, sin embargo, una práctica exclusiva de los soviéticos, sino que también los perpetraron franceses y estadounidenses (en menor medida los británicos), según numerosos testimonios y documentos aportados por Giles MacDonogh en su libro. No debe sorprender que la revelación detallada de estas tropelías de las que, fuera de Alemania, nadie ha mostrado interés por desvelar soliviante a críticos y comentaristas a ambos lados del Atlántico. Periódicos como *The Washington Post* (Andrew Nagorski) y *The Daily Telegraph* (Nigel Jones) reprochan al autor falta de imparcialidad. Incluso de cargar las tintas en un solo bando, el de los aliados, sin subrayar la magnitud de los horrores cometidos por los nazis. «¿Por qué habla de tres millones de alemanes muertos y no recuerda los millones asesinados por los alemanes, dentro y fuera de sus fronteras?», le preguntan los críticos.

Pero el investigador inglés replica que su trabajo no pretende comparar conductas criminales, ni mucho menos atenuar la responsabilidad de cuantos apoyaron activamente o aceptaron pasivamente la monstruosa política de Hitler. Su propósito se limita a descubrir los excesos cometidos por los aliados una vez que hubieron liquidado el Tercer Reich. En cierto modo desmitifica el *tópico de la bondad* atribuido a los vencedores, a los que, en consecuencia, se exime de culpa. Y el lector concluye que la verdad es una: hubo más venganza que compasión. Y esa venganza ejercida sin piedad supuso la muerte de muchos civiles, víctimas indefensas de bombardeos innecesarios para el triunfo aplastante de los aliados.

Indigna saber que la tortura la practicaron concienzudamente los aliados y, sobre todo, los franceses, que alcanzaron notoriedad por su eficacia y sadismo con los prisioneros: verdugos como Guyot y De Castries. También indigna conocer la ferocidad de las represalias que los

checos aplicaron contra los alemanes: ojo por ojo, diente por diente. Una guerra no cesa al terminar el combate, sino que se extiende más allá de la derrota y de la victoria. Es un axioma aplicable no solo en la peor de las contiendas de la historia, la Segunda Guerra Mundial, sino también en las más recientes, como Irak o Afganistán. Al lector le resultará imborrable esta imagen espeluznante: «En Theresienstadt, una mujer que había sido miembro de la SS fue obligada a sentarse con las piernas abiertas sobre un puñal de la SS».

MacDonogh dedica medio centenar de páginas a los juicios de Núremberg. La lectura de este capítulo es oportuna, ya que resume a la perfección el implacable deseo de venganza que envuelve el conjunto de la obra. Los juicios a que fueron sometidos los altos mandos nazis que no pudieron suicidarse en prisión (bastantes lo consiguieron, sospechosamente) tampoco son motivo especial de orgullo para los vencedores. De nuevo, el odio vengativo de los jueces se apoderó de cualquier tímido intento de piedad para poner fin a esta infame locura del pasado siglo.

Autor: Giles MacDonogh

Edicion: Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, Barcelona

Paginas: 975 pp.

Precio: 30 €

Titulo: DESPUÉS DEL REICH. CRIMEN Y CASTIGO EN LA POSGUERRA ALEMANA